

# La estética de la calle

Max Nordau

ETSAB — 03/19

breus  
breves



El hombre civilizado conoce dos aspectos de los grandes centros que sirven de focos a la actividad febril y al pensamiento de la humanidad. Tenemos la ciudad histórica, que relata en cada una de sus piedras un largo y venerable pasado, y la ciudad moderna, improvisada por decirlo así, brillante, cómoda, práctica, pero con demasiado olor a cosa nueva. La ciudad advenediza pasa por ser un producto particularmente americano. La vida desborda en ella, pero la poesía falta por completo. Todo allí es científico, progresista, poderoso; todo está de acuerdo con las últimas invenciones técnicas, pero nada hay que revele la menor preocupación de la belleza. Sus calles son anchas, pero rectas, como trazadas a cordel, y largas hasta parecer infinitas; sus casas son uniformes; y, si en alguna parte aparece un esfuerzo arquitectónico, una tentativa de construcción monumental, casi siempre se trata de la parodia de algún célebre modelo del viejo mundo.



Una calle italiana, ca. 1955. Fotografía de Robert Venturi durante su estancia en la Academia Americana en Roma.

A este hongo nacido en una noche se contraponen la vieja ciudad europea, que es la obra de los siglos. Esta parece ser un organismo animado, con raíces: profundas en el suelo y con florecencias paradójales a fuerza de ser lentas. Sus calles son por lo general estrechas, desiguales, empinadas, cuesta arriba o cuesta abajo, pero no hay una que se parezca a la otra. De la misma manera, cada edificio casi tiene su fisonomía propia. A cada empedrado, a cada fachada, está ligado un recuerdo. Se ven, se huelen los rastros que ha dejado allí una larga serie de generaciones anteriores. Las épocas desaparecidas hablan en esas ciudades al transeúnte con el estilo de su arquitectura anticuada. Evocaciones hacen surgir espectros de todas partes en pleno día. Hay en el ambiente algo así como ecos lejanos de palabras confusas. Por definición, la ciudad americana es el teatro de las luchas ardientes por la existencia. El hombre despliega en ella sus fuerzas, trabaja, gana dinero, goza materialmente. En la ciudad histórica, el hombre tiene visiones y escucha las voces interiores. En ella se pasa el tiempo y se sueña.

Pues bien: los delicados se quejan, en todas partes, puede decirse, de la tendencia enfadosa que acusan las ciudades de ensueños y de belleza a perder cada vez más su carácter propio, a americanizarse, en una palabra. Querrían contener esta transformación. Por todos lados surgen estéticos que proponen diversos remedios contra el afeamiento de las ciudades. Pero, en el fondo, todos estos proyectos no son más que una misma idea bajo diferentes formas: hay que impedir el rejuvenecimiento de la ciudad, hay que desterrar de ella al modernismo, hay que acentuar su vejez, hay que subrayar sus arcaísmos: esto exige la belleza. Se forman sociedades para la conservación de los monumentos antiguos, se organizan exposiciones de muestras y letreros y de vidrieras o escaparates, se abren concursos de proyectos de embellecimiento, y se protesta patéticamente contra las irrupciones de los tiempos nuevos en forma de tranvías eléctricos, de redes de hilos telefónicos, de troles, de maquinismo y de industrialismo.

He visto varias de estas exposiciones de estética de la calle. Su tendencia, confirmada por la manera como se distribuyen los premios es invariable: el retorno al pasado. Para ser bella, la calle tiene que ser medieval. Fuera de esta fórmula absoluta, no hay salvación. Todo lo que no sea remate de fachada puntiagudo, muestra de hierro forjado que se balancea colgada de un soporte arriba de la vereda, arquitectura gótica, es afrentado con el nombre desdeñoso de “americano”. El ideal es el París de la novela de Víctor Hugo, *Notre-Dame de Paris*.

Equivocan el camino, estoy profundamente convencido de ello. Para conservar a las ciudades históricas su carácter arqueológico único, hay que cubrirlas con fanales, rodearlas de barreras, proveerlas de molinetes con ventanilla, ponerlas bajo la vigilancia de guardianes, reglamentar las horas en que pueden ser visitadas; y, sobre todo, expulsar de ellas a sus habitantes, para no admitir sino turistas, peregrinos fervientes, artistas y poetas. Mientras las ciudades sigan siendo habitadas por gentes vulgares que tratan anacrónicamente de ganarse la vida por el comercio y la industria, será imposible satisfacer a los aficionados a impresiones estéticas que deliran por pasearse en medio de una decoración de gran ópera. Los vivos no quieren dejarse tiranizar por los muertos. No se avienen a habitar un museo inmutable sino con la condición de ser los guardianes asalariados de él, como los guías y los restauradores de las pequeñas ciudades italianas, cuya única industria es la de acompañar a los visitantes extranjeros y pedirles propina.

Lo que me hace sonreír sobre todo, son las tentativas de mejoramiento de la estética de la calle por medio de la introducción del gran arte en las muestras o letreros. ¿No habrán pasado nunca por un *boulevard* los bien intencionados educadores del pueblo que querrían hacer de la calle un museo de arte? ¿O habrán tenido los ojos en los bolsillos cuando pisaban el asfalto? ¿Para quién sería la obra de arte en la calle? ¿Para la multitud que, agujoneada por el hambre, por la ambición, por la concupiscencia, corre a sus negocios o a sus placeres y

que, en su empuje loco, atropella y voltea al que pretende andar indolentemente y pararse aquí y allá para mirar y distraerse? La multitud no tiene tiempo ni atención para aquello que no toque a su interés inmediato. El luchador por la vida que anda como en un sueño y que calcula mentalmente las utilidades de su carrera; el aventurero que está al acecho del azar propicio; el viejo verde que pisa los talones al mandadero; el comisionista que pasa revista a su clientela; la obrera que va a entregar trabajo o a buscarlo; el artesano con su mandil de cuero debajo del brazo, ninguno de éstos se detiene delante de una muestra que no es la que les interesa, que no se relaciona con sus necesidades y no les enseña ningún hecho de significación práctica y actual.



La Rambla, Barcelona, 1918.

El azotacalles es una figura legendaria que se encuentra aún en autores rancios que beben en fuentes envejecidas, pero que no existe ya en la vida real. Durante las horas de trabajo, en cualquier día que no sea de fiesta, no se ven en las calles de la gran ciudad más que mandaderos, gente que anda con un fin determinado, peregrinos del pan, rastreadores de ganancias; pero no paseantes sentimentales en busca de impresiones estéticas. Aquel que por razones profesionales no tiene que fijar su atención en la bulliciosa multitud, que no es punguista, o mercachifle, o vendedor de diarios, o agente de policía, se abisma en la lectura de su diario, o sigue sus pensamientos, y no ve de todo lo que le rodea más que lo

estrictamente necesario para evitar las carambolas, y esto más bien por instinto que conscientemente. Tampoco se preocupa el peatón del cuadro en que se mueve, como el pasajero de ómnibus o el que va en un coche de plaza, o el que cabalga en bicicleta, o el *chauffeur* horrorosamente enmascarado y arrebuñado en abrigos polares, o el avaro de su tiempo que viaja en los trenes asfixiadores del ferrocarril subterráneo. “¡No distraerse ¡Llegar!...” parece gritar cada movimiento de la multitud de las grandes ciudades. Obligar a ésta a detenerse sería una tarea tan difícil de llevar a cabo como la de parar al sol en su carrera. Sin embargo, el comercio realiza este milagro a lo Josué. Pero por medios que no son el encanto abstracto de una muestra gótica, por bonita que sea. El comerciante de la gran ciudad, aguijado por la competencia mortífera, hace la psicología de las multitudes como *monsieur Jourdain* hace prosa: sin saberlo. Apela a las inclinaciones, a las flaquezas y a las necesidades del término medio de los hombres. Cubre las paredes de carteles ilustrados, que repiten centenares de veces hasta conseguir despertar las distracciones más profundas, fijar la mirada más vagabunda, domar la memoria más rebelde, y hacerse una obsesión para el viandante. El cartel ilustrado caracteriza la calle moderna, como la muestra gótica, pintada o recortada, pendiente del remate puntiagudo de la fachada fue el rasgo propio de la calle medieval. El cartel ilustrado, con su dibujo atrevido, de grandes líneas, que recuerda necesariamente el contorno monumental de la pintura al fresco; con su colorido fuerte, a veces violento, pero, a pesar de eso, bien armonizado; con sus alusiones a la actualidad, graciosas por lo menos, cuando no ingeniosas; con sus dimensiones; con su efecto de masa por la multiplicación de su número, representa el advenimiento de un arte nuevo infinitamente superior a la pintura de muestras de un pasado más tranquilo y más lento. No es un arte noble e ideal, ni mucho menos un “arte por el arte”. Pero tiene su belleza, permite el florecimiento de talentos de ingenio, industria y capacidad, y llena su objeto con una perfección que es en sí mismo un elemento

estético. Al lado del cartel ilustrado, la vidriera es la que trata de hipnotizar al público. Su arreglo ha llegado a ser también un verdadero arte. Quiere causar el efecto de un cuadro. Quiere recrear los ojos por medio de la línea y del color, de una composición y de una idea, y también de la riqueza intrínseca de la materia, ya se trate de telas de seda, de flores, de joyas o de vulgares comestibles. Promete al transeúnte la satisfacción de todas sus necesidades, le hace consciente de las que no ha sentido netamente todavía y le sugiere otras nuevas. ¿Cómo comparar, ni de lejos, las sorpresas de la vidriera que cambia cotidianamente, siempre nueva, siempre animada, con la monotonía adormecida de la ingenua muestra que se envejecía en su inmutabilidad?



Kioscos de La Rambla, Barcelona, 1931. Archivo Zerkowitz

¡Qué la calle moderna no es bella! ¡Pero si esto es simplemente una blasfemia! Nunca y en ninguna parte ha sido más bella que en la gran ciudad contemporánea. El gigantismo de las construcciones, la variedad de los estilos, que, aunque indigentes y sin gusto cuando se les considera individualmente, se rehabilitan por la abundancia y diversidad de sus formas, y ofrecen un conjunto magnífico; los carteles alegres, muchas veces tolerablemente viciosos; los avisos luminosos y multicolores sobre los balcones y las azoteas; los escaparates ricos y agradables; los pintorreados quioscos de diarios; las columnas de avisos de espectáculos; los chalets de refrescos, de floristas y de otros géneros; el encanto mágico de las iluminaciones más intensas; la miscelánea del tráfico por los medios de locomoción

más variado en cuanto a formas y velocidad; todo esto constituye un cuadro al lado del cual parecerían incoloras e insípidas Babilonia y la Tebas de las Cien Puertas, la Roma de los Césares y la Florencia de los Güelfos, la Palmira de los Seléucidas y la Nuremberg de la Reforma.

Sólo los esnobs estetizantes no alcanzan a comprender esta belleza abrumadora. ¿Por qué? Porque todavía no se les ha predicado, sugerido, impuesto dogmáticamente esta belleza; en una palabra, porque ella es nueva, porque ella obra por sí misma, no en virtud de un lío de frondosas frases; porque a ella hay que descubrirla, sentirla, asirla uno mismo, pues su exposición no se encuentra todavía en libracos consagrados.

¡Ah, estos entusiastas de muestras de siglos abolidos! ¡Estéticos que se creen de substancia superior! Del presente vivo y animado, ellos no ven nada, no lo sienten, no les causa impresión alguna. Para sus ojos vueltos hacia atrás, lo pasado, lo lejano, es lo único que parece bello. Esto es lo único que les produce emociones que ellos tienen por estéticas, cuando no son más que místicas. La calle gótica les parece más bella que la moderna, porque está muerta y enterrada. Los estéticos profesionales de la calle son los hermanos menores, infantiles podemos decir, de los prerrafaelistas en pintura, de los difuntos simbolistas en poesía, de los literatos que predicán la bancarrota de la ciencia.

En resumen: son los merodeadores del gran ejército de la reacción universal.

## **Max Nordau**

Texto publicado en:

Max Nordau, *Crítica Contemporánea*.

Barcelona, Editorial Atlante, 1905.

ETSAB breus — breves és una col·lecció de lectures editada per:

**ETSAB** Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona